

afectuosamente á sus hijos con nombres profanos y paganos, ó inusitados entre los católicos? Este abuso está condenado por los Concilios: la Iglesia quiere que se pongan á los niños nombres de Santos del nuevo Testamento para excitarles de este modo á imitar sus virtudes, y á fin de que les rueguen con frecuencia, y se dirijan á ellos en sus necesidades, como sus naturales patronos y abogados para con Dios. Para nosotros ha de ser un deber tan sagrado como grato el celebrar con particular devocion y reconocimiento la fiesta de nuestro santo Patron; cuyo deber implica la necesidad de estudiar su vida para imitar sus virtudes y hacernos dignos de llevar su glorioso nombre.

El sacerdote dice al niño: «¿Qué pides á la Iglesia de Dios?—La fe,» responde el niño por boca de sus padrinos. «¿Qué te ha de dar la fe?—La vida eterna. —Pues si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos.» Y en breves palabras hácele un resumen sublime de todas las leyes divinas y humanas: «Amarás al Señor Dios tuyo con todo tu corazón, y á tu prójimo como á ti mismo.»

Satisfecho de estas disposiciones, el sacerdote sopla tres veces sobre el niño, diciendo: «Sal, espíritu inmundo, y haz lugar al Espíritu Santo consolador.» Se emplea el soplo para ahuyentar al demonio: 1.º para manifestar lo poco en que se le tiene; 2.º para de-

Á la reaccion pagana que desde la aparicion del Protestantismo se observó en las creencias y costumbres, lo mismo que en la literatura y en las artes de Europa, débese la introduccion de esos nombres que leemos con admiracion en los registros bautismales. Los héroes de la antigüedad profana, Bruto, Caton, Anaxágoras, los dioses y diosas de la fábula han prestado sucesivamente sus nombres á los jóvenes cristianos de ambos sexos en los siglos xviii y xix. Por último, cuando el calendario republicano puso una larga lista de flores, frutas y legumbres en vez del catálogo de los Santos del calendario católico, hubo familias ilustradas que á impulsos del entusiasmo ó del temor escogieron entre aquellas raras nomenclaturas prenombrados, no me atrevo á decir patronos, para sus hijos recién nacidos. No lejos de nuestra habitacion vive un propietario que se llama *Carotte* (palabra que en francés significa zanahoria): ¿y quién ignora que en una de las escuelas especiales de París habia un profesor que se llamaba *Heliotropo*? Por fin, han vuelto á adoptarse los nombres de Santos; pero ahora se ha dado en la manía de desfigurarlos, diciendo, por ejemplo, Betzi, Lisa, Helina, Irma, en vez de Elisabet, Elena, María, etc. Esta historia de los nombres es mas significativa de lo que comunmente se piensa.

mostrar cuán grande es su debilidad, pues basta el menor soplo para arrojarle como una paja.

Después de haber ahuyentado al tirano que tiene bajo su imperio á todos cuantos vienen al mundo, el sacerdote le imprime el sello de otro muy diferente Señor: con el dedo pulgar le hace la señal de la cruz en la frente, para que no se avergüence jamás de pertenecer á Jesucristo; en el pecho para que le ame siempre, y le dice: «Recibe la señal de la cruz en la frente y en el corazón; ten fe en los divinos preceptos, y observa tales costumbres, que puedas convertirte en templo de Dios.»

El representante de Dios, el sacerdote, pone en seguida la mano sobre la cabeza de la criatura para manifestar que toma posesion de ella en nombre del Todopoderoso, y dirige al Señor la siguiente oracion: «Dios todopoderoso y eterno, Padre de nuestro Señor Jesucristo, dignaos poner vuestros ojos sobre esta criatura que ha sido llamada por Vos á la gracia de la fe; apartad de ella toda ceguedad del espíritu y del corazón... para que pueda huir del soplo pestífero de todos los vicios, y atraída por el olor de vuestros santos preceptos, os sirva llena de alegría y crezca cada día en la virtud, por nuestro Señor Jesucristo.»

Luego el sacerdote exorciza la sal, es decir, la purifica de las malignas influencias del demonio; porque éste, no contento de infectar al hombre, ha infectado igualmente todas las cosas que emplea en su daño. En seguida pone sal bendita en la boca del infante, y esto por dos razones: 1.ª porque la sal preserva de la corrupcion; 2.ª porque da sabor á los alimentos. Por estas misteriosas razones la Iglesia la emplea en el Bautismo, y pone en boca del ministro que la hace gustar á la criatura, las siguientes palabras: «Recibe la sal de la sabiduria, á fin de que puedas agradar á Dios y hacértelo propicio para la vida eterna.»

El sacerdote acaba de comunicar al recién nacido la sabiduria cristiana, el sabor de las cosas divinas representado por la sal. Entonces prohíbe al demonio que le quite jamás este don precioso. «Espíritu inmundo, le dice, yo te exorcizo en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, para que salgas y te separes de esta criatura. El que te manda, ángel réprobo, ángel maldito, es Aquel que anduvo sobre las olas del mar y tendió la mano á Pedro cuando estaba á punto de perecer. Obedece, pues, ángel maldito, la sentencia que te condena; acata al Dios vivo y verdadero; acata á Je-

«suscrito su Hijo y al Espíritu Santo, y sepárate de este siervo de Dios, á quien nuestro Señor, por su infinita misericordia, llama á la gracia del Bautismo, y nunca te atrevas á violar la augusta señal de la cruz que imprimimos en su frente.» Al mismo tiempo el sacerdote hace la señal de la cruz sobre la frente del niño, y poniendo la mano sobre su cabeza, toma de nuevo posesion de él en nombre de la santísima Trinidad.

«Hijo del hombre, le dice, vas á convertirte en hijo de Dios; entra en la casa de Aquel que en breve dirá mostrándote á los Angeles admirados y atónitos: Hé aquí á mi hijo muy amado.»

Entonces el sacerdote pone la extremidad de la estola, símbolo de su autoridad, sobre la cabeza del niño, y lo introduce en la iglesia, diciendo: «Entra en la casa de Dios á fin de unírte á Jesucristo para la vida eterna.» En seguida el sacerdote hace rezar al niño, por boca de sus padrinos, el Símbolo y el Padre nuestro, como lo hacian antiguamente los catecúmenos para probar su fe y su instruccion. Despues de esta nueva iniciacion, el sacerdote exorciza otra vez al demonio para que la respete.

Segue despues una ceremonia llena de recuerdos y misterios. Está escrito que nuestro Señor curó á un sordo-mudo poniéndole saliva en la boca y en los oídos, diciéndole: «Ephpheta, ábrete.» Pues ahora hay tambien que curar á un sordo-mudo. La Iglesia, esposa de Jesucristo y depositaria de su poder, imita su ejemplo, y el sacerdote moja con su propia saliva los oídos y la boca del bautizando, repitiendo las palabras misteriosas: «Ephpheta, ábrete.» Hijo de Adán, triste esclavo del demonio, tus oídos van á abrirse á la verdad, tu lengua va á desatarse para pregonar los beneficios de Dios. Esta ceremonia deriva de los primeros tiempos de la Iglesia, y hallámosla mencionada expresamente en san Ambrosio¹.

Por último, el niño llega junto á las aguas de regeneracion. Aqui tienen lugar las últimas ceremonias propias de los catecúmenos. 1.^a *La renunciacion.* El sacerdote le pregunta tres veces, como se preguntaba á los antiguos catecúmenos: «¿Renuncias á Satanás?» Y él responde tres veces como aquellos: «Renuncio.» ¡Qué cuenta tendremos que dar en el día del juicio de esta triple palabra *renuncio*, si hemos vuelto á ponernos bajo el yugo de Satanás²! 2.^a *La uncion.*

¹ Lib. I *De Sacram.* c. 1.

² Véase acerca de esto Tertul. *Lib. de Coron. mil. de spect.*, c. 24; san Basilio

El sacerdote mojado el dedo en aceite de los catecúmenos, hace con él la señal de la cruz en el pecho y en las espaldas del bautizando; en el pecho para que ame el yugo de Jesucristo; en las espaldas para que tenga fuerza para llevarlo; con aceite, para mostrarle la dulzura de aquel amable yugo. O santa Iglesia, tierna esposa de Jesucristo, alégrate, pues que tu tristeza va á convertirse en regocijo; vas á recibir un nuevo hijo: dentro breves instantes podrás llenarle de besos y estrecharle en tu seno maternal. La estola del sacerdote oculta el color morado y deja ver el blanco. Solo falta otra pregunta para terminar la adopcion divina. 3.^a *La confesion.* Hoy día, como en sus primeros tiempos, la Iglesia no se contenta con una profesion de fe general, sino que exige una profesion particular, explicita de las verdades fundamentales de que es depositaria. Por esta razon el sacerdote pregunta al bautizando: «¿Crees en el Padre, en el Hijo, en el Espíritu Santo, en la Iglesia, en la comunión de los Santos, en la remision de los pecados, en la resurreccion de la carne y en la vida eterna?» Y el bautizando responde: «Creo.»

2.^o *Ceremonias que acompañan al Bautismo.* Terminadas todas las preparaciones, el sacerdote hace al bautizando esta pregunta decisiva: «¿Quieres ser bautizado?» La Iglesia tiene en su presencia un ciego, un paralítico espiritual: antes de pronunciar la palabra que ha de curarle, imita al Salvador, en nombre del cual va á realizarse el prodigio. ¿Quieres curarte? decía el Hombre-Dios al paralítico que yacia junto á la piscina; y al ciego que pedia limosna junto al camino: ¿Qué quieres que te haga? Tal es el afectuoso recordo que la Iglesia nos trae á la memoria con esta pregunta. Con ella declara tambien que su divino Esposo quiere hijos y no esclavos, y que cuando el hombre, por su obediencia al demonio, ha incurrido en las penas eternas, no tiene otro medio de salvacion que el de someterse voluntariamente á Dios. El niño contesta por boca de sus padrinos: «Quiero.» Entonces el agua santa de regeneracion derrámase tres veces sobre su cabeza en forma de cruz, con estas palabras sacramentales: «Yo te bautizo en el nombre del Padre,

De Spirit. Sancto, c. 27; san Cirilo, *Catech. Myst.* 1; san Crisóst. *Homil. XXI ad Pop. Antioch.*; san Greg. Naz. *Serm. in Baptis. XL*; san Ambr. *Lib. de iis qui iniantur*, c. 2, et *lib. I de Sacram.*; san Jerón. *in Epist. I ad Tim. et in e. VI Amós*; san August. *Epist. CXLIX.*

«y del Hijo, y del Espíritu Santo.» Se derrama tres veces agua al tiempo de invocar la santísima Trinidad, para manifestar que las tres Personas divinas concurren á regenerar al hombre en el Bautismo, y para significar que Jesucristo, con quien somos sepultados por medio de este Sacramento, permaneció tres dias en el sepulcro, del que salió al tercer dia gloriosamente ¹. Durante el Bautismo, el padrino y la madrina tocan al bautizando, para demostrar que responden de él y contraen el empeño de hacerle cumplir sus promesas; y en señal de este juramento, extienden sus manos.

3.º *Ceremonias que siguen al Bautismo.* Hase realizado el milagro. El hijo del viejo Adán se ha convertido en hijo del nuevo Adán. Las siguientes ceremonias le dan á conocer los augustos títulos, las prerogativas sublimes que acaba de recibir. El sacerdote, mojado el dedo pulgar en el santo crisma, le hace con él la señal de la cruz en la frente, y le consagra rey, sacerdote y profeta; porque los Reyes, los Sacerdotes y los Profetas fueron consagrados con el óleo santo. Como rey, el recién bautizado debe reinar sobre el mundo y sus pasiones; como sacerdote, ha de ofrecerse continuamente á Dios cual hostia viviente y de agradable olor; como profeta, debe anunciar con su vida la existencia de los bienes futuros. En seguida el sacerdote le lega el solo patrimonio temporal que el Salvador dejó á sus discípulos, la paz. «La paz sea contigo,» le dice, y su bendición revierte sobre él mismo; porque el bautizado responde: «Y con tu espíritu.» Esta es su acción de gracias. El sacerdote le pone el capillo y le dice estas memorables palabras: «Recibe este traje blanco y llévalo sin mancha hasta el tribunal de nuestro Señor Jesucristo, para que alcances la vida eterna.» Y el bautizado responde: *Amen*, así sea. Sí, ¡ojalá que así sea, para mí que escribo estas líneas, para los que las lean, y para todos los que reciban el sagrado vestido de la inocencia bautismal! El capillo con que se cubre la cabeza del niño reemplaza los vestidos blancos de los antiguos catecúmenos, y significa como éstos la inocencia, la libertad y el triunfo: el vestido blanco era el que usaban los libertos y los antiguos señores del mundo.

¡Oh! cuán laudable es la costumbre de aquellas familias cristianas que conservan respetuosamente y transmiten de generacion en

¹ S. Ambr. *Lib. de Spirit. Sancto*, c. 10; S. Greg. *lib. I Regist.*, c. 419; *Colos.* II.

generacion el capillo del Bautismo! Ellas imitan á nuestros padres en la fe, quienes amaban particularmente y miraban como sagrado todo, cuanto tenia alguna relacion con el Bautismo! Guardaban con religioso cuidado, no solo sus vestidos blancos, sino tambien los paños que sus padrinos les daban para cubrirse al salir de la sagrada pila ¹. Conservábanlos como un monumento del insigne beneficio que habian recibido, y como un simbolo de la alianza que por medio del Bautismo habian contraido con Dios. Tenemos de ello un ilustre ejemplo.

En el siglo V, durante la persecucion de la Iglesia de África por los vándalos, llamábase por orden á todo el clero para ser atormentado. Entre todos, distinguíose el diácono Murita, que habia sacado de la pila bautismal á un jóven llamado Elpidiforo, el cual habia apostatado y convertidóse en el mas ardiente perseguidor de los cristianos. Despues que los presbíteros y el arcediano Salutaris hubieron sido atormentados, presentóse á su vez Murita, segundo diácono: era éste un anciano venerable. Antes que le desnudaran para tenderle en el potro, sacó repentinamente de debajo de su túnica los paños con que habia cubierto á Elpidiforo al salir de la pila, y extendiéndolos á la vista de todos, dirigió al jóven, sentado enfrente de él como juez, estas fulminantes palabras: «Hé aquí los testigos de tu apostasia; ellos te acusarán en el tribunal del supremo Juez. Este blanco ropaje con que te cubrí en la pila bautismal, clamará venganza contra tí, y se convertirá en un vestido de llamas que te devorarán por toda la eternidad.» Al ver y al oír esto, el pueblo da un grito de horror; Elpidiforo se vuelve pálido, tiembla, y en su confusion ni tan solo puede abrir la boca para responder ². El verdugo pone fin á esta escena enviando á Murita al cielo.

Últimamente practicase la ceremonia de la vela encendida que el sacerdote pone en manos del niño, diciéndole: «Recibe esta antorcha ardiente, y conserva sin mancha la gracia del Bautismo; guarda fielmente los mandamientos de Dios, para que cuando Jesucristo venga á celebrar sus bodas puedas ir á su encuentro con todos los Santos, en la corte celestial, gozar de la vida eterna, y vivir «en los siglos de los siglos.» El bautizado responde *Amen*, así sea.

¹ Estos paños se designaban con el nombre de *sábana*.

² Baron. an. 484.

Esta oracion explica el significado de esta ceremonia. Ahora regocijate, santa Esposa de Jesucristo, tú que, viajando todavía en la tierra, habitas ya en los cielos: acaba de nacerle otro hijo! Y el clamor de las campanas y los alegres sonidos del órgano demuestran el contento de la Iglesia militante y triunfante por la llegada de otro hijo al seno de la gran familia católica.

Luego los asistentes pasan á la sacristía, donde se inscribe en el registro público el nombre del niño, el de sus padres y padrinos, y la fecha de su bautizo. Este libro debemos considerarlo como imagen del libro de vida, porque al tiempo que se inscribieron en él nuestros nombres, Dios los escribió con su mano en el libro del cielo. Regocijémonos, pues, y procuremos merecer con nuestra irreprochable conducta que no los borre jamás ¹.

4.º *Utilidad social del Bautismo.* ¿Qué diremos ahora de la utilidad social del Bautismo? ¿Dónde podremos hallar una leccion mas grande de santidad? ¿Cómo da á conocer al hombre la grandeza del pecado, la dignidad á que ha sido elevado, y los deberes que se le han impuesto! Héle aquí, no siendo mas que un simple mortal, consagrado en todos sus sentidos, como un copon, como un cáliz, y convertido en una cosa santa. ¡Cuántas veces esta consideracion no ha contenido al hombre en la hora de la tentacion! ¡Qué de crímenes secretos no ha evitado, crímenes que matan juntamente el cuerpo y el alma, afligen á las familias, y minan sordamente la sociedad!

Y luego ¡qué respeto no inspira el Bautismo para con la vida del niño, antes y despues de su nacimiento! ¡Cuántas madres culpables ó imprudentes hubieran dado y darian aun la muerte temporal á sus hijos, si no fuera por el temor de darles la muerte eterna! Pero despues del nacimiento, ya no es posible deshacerse del niño, porque los testigos de su Bautismo, y el registro en que se le ha inscrito, serian otras tantas pruebas irrefragables del atentado. Y sobre todo ¡qué ventajas resultan para la educacion moral del niño, para esa educacion que forma los ciudadanos virtuosos, de la idea tan vivamente representada por el Bautismo de que el niño es un depósito sagrado, que un Ángel vela sobre él, que un Santo le protege, que es hijo de Dios, coheredero de Jesucristo y hermano de los Angeles! Así pues, gracias al Bautismo, desde que el hombre nace, su exis-

¹ Véase *Espíritu de las ceremonias*, etc.

tencia se engrandece á los ojos de sus padres con el carácter augusto que le imprime la Religion.

¡Cuántas delicias derrama en el corazon de una madre esta elevada idea de divina regeneracion! ¡qué interés no añade á los goces del padre! ¡cuán felices no hace á entrambos la consideracion de haber dado la vida á un ser que adquiere derecho á la posesion del mismo Dios! Comparad con estos venturosos mortales un padre y una madre destituidos de religion y de fe, discípulos de los falsos sabios, materialistas ó escépticos: ¡qué amargas ideas les habrá de causar la vista de su hijo recién nacido, en quien solo reconocen la existencia del bruto, considerándose á sí mismos en la categoria de los seres, cual el macho y la hembra del animal! ¡Cómo han de envilecer estos sentimientos las primeras atenciones de la maternidad haciéndolas insípidas y repugnantes! En vista de esto, no es de extrañar que semejantes deberes, los mas santos de la naturaleza, sean para tales madres una cadena insoportable, y que sean capaces de evitar la maternidad cual evitarian una catástrofe que amenazase sus cabezas: ni tampoco es extraño que tales esposos blasfemen de la Providencia, y lancen desgraciadamente muy á menudo palabras de desesperacion como estas: «Mejor le fuera al hombre no haber nacido ó morir en el momento de nacer!»

Suprimid el Bautismo, y el nacimiento del hombre dejará de hacer época; la criatura no será mas que un nuevo individuo de la humana especie, registrado al venir al mundo como una cabeza de ganado que se introduce en las ciudades. ¡Oh dignidad! Suprimid el Bautismo y veréis el infanticidio y la exposicion multiplicarse, manchar, infamar, ensangrentar vuestras calles y sembrar el espanto en la sociedad; acordaos sino de lo que sucedia entre los paganos, y mirad lo que todavía acontece en la China: «Ó bien las comadres ahogan á las criaturas en un lebrillo de agua caliente, haciéndose pagar por su trabajo, ó las echan al rio, atada una calabaza vacía á su espalda, para que sobrenaden mucho rato antes de espirar; y «si bien los gritos de aquellos pobrecillos en todo otro lugar harian estremecer á la naturaleza, como allí están ya acostumbrados, no se hace caso. El tercer modo de acabar con aquellos infelices es abandonarlos en las calles hasta que por la mañana pasan, sobre todo en Pekin, unos chirriones destinados ha recogerlos é irlos á

¹ Véase Jauffret, *sobre el culto público*.

«echar en una hoya, que no se cierra, por si acaso los musulmanes
 «quieren recoger alguno; sin embargo muchas veces acontece que
 «antes de llegar las carretas, las mas de estas criaturas son devora-
 «das vivas por los perros, y mas por los cerdos, de que están llenas
 «las calles en las ciudades chinas. Ni aun entre los antropófagos de
 «América he visto ejemplar parecido á tamaña atrocidad. Los Jesui-
 «tas aseguran que en el período de tres años contaron hasta nueve
 «mil setecientos dos chiquillos destinados á la hoya, sin mencionar los
 «que en Pekin fueron hechos trizas á los piés de los caballos ó mu-
 «los, los que parecieron en los canales, los devorados por los per-
 «ros, los que por su propia madre ó la partera ahogó al nacer, los re-
 «cogidos por los musulmanes, y finalmente los sacrificados en aque-
 «llos lugares donde no habia Jesuitas para contarlos ¹.»

Peró ¿á qué buscar ejemplos léjos de nosotros? Considerad lo que
 sucede desde que la fe en el Bautismo y en la Religión anda tan de-
 caida; consultad la historia, en especial la contemporánea, y decid
 si no es ella asaz repugnante para acreditar y recomendar el Bautis-
 mo, siquiera cual beneficio temporal, cual un dique opuesto á la
 multitud de crímenes que directa ó indirectamente retumban en el
 corazón de la sociedad, y la asolan, abaten, degradan y conmueven
 hasta lo mas hondo de sus cimientos.

Oración.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haberme adop-
 tado por hijo: no permitais que jamás deshónre un timbre tan her-
 moso.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo
 como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor,
tendré siempre un gran respeto á las ceremonias de la Iglesia.

¹ Estudios filosóficos sobre los chinos, obra nada parcial á favor del Cristianismo, t. I, pág. 63; id. Torrens, *Rheise nac. China*, etc.

LECCION XXXV.

DE NUESTRA UNION CON NUESTRO SEÑOR, EL NUEVO ADAN,
 POR MEDIO DE LA ESPERANZA.

Sacramento de la Confirmación.— Su definición.— Sus elementos, materia, for-
 ma, ministro, padrino.— Institución.— Sus efectos.— Disposiciones para re-
 cibirle.— Necesidad de él.— Caso histórico.— Su liturgia.— Beneficios que
 reporta á la sociedad.

El hijo del viejo Adan ha pasado á serlo del nuevo por medio del
 Bautismo: débil rama de un árbol emponzoñado, ha sido ingertado
 en el árbol de la vida, de cuya sávia se sustenta, y que le hará pro-
 ducir en su dia flores y frutos de bendicion. Pero este delicado in-
 gerto necesita adherirse con solidez al nuevo árbol, y el hermanito
 de los Angeles debe ser fortalecido, porque nació para militar. Har-
 to sabemos por nosotros mismos que las aguas del Bautismo no apa-
 garon en él el foco de la concupiscencia: su vida será, pues, un
 combate incesante contra enemigos visibles é invisibles, interiores y
 exteriores, muchos é infatigables, consistiendo esta vida en una lu-
 cha y una prueba decisiva de la eternidad. Para asegurarle la vic-
 toria instituyó nuestro Señor la Confirmación.

1.º *Definición de este Sacramento.* Segun la teología católica, es la
 Confirmación: un Sacramento de la ley nueva, instituido por nuestro
 Señor Jesucristo, que da á los que han sido bautizados el Espíritu San-
 to con todos sus dones. Llamado alternativamente por los santos Pa-
 dres: *Imposicion de manos, santo Crisma, sacramento del santo Cris-
 ma, signo por el que se recibe el Espíritu Santo, sello del Señor, y se-
 llo espiritual* ¹, su nombre al presente es el de *Confirmación*; y es
 porque, segun el Catecismo del Concilio Tridentino, este Sacramento
 refuerza y perfecciona la nueva vida que la gracia de Jesucristo nos
 comunica por el Bautismo.

La Confirmación reúne todas las condiciones requeridas para un

¹ S. Aug. *Lib. III de Baptism.* c. 16; S. Cypr. *Epist. LXXI*; S. Ambr. *Li-
 bro III de Sacram.*, c. 2.